

Norbert
Lechner

Obras

I

Estado
y derecho



SUMARIO

<i>Introducción</i>	•	9
<i>Al lector</i>	•	21

1970

1. La democracia en Chile	•	25
---------------------------	---	----

1972

2. Por la socialización de la producción para una nueva institucionalidad	•	149
3. Represión sexual y manipulación social	•	163
4. La problemática actual del Estado y del derecho en Chile	•	175
5. Positivismo y dialéctica en las ciencias sociales	•	229

1973

6. Principio de legalidad y participación popular	•	255
--	---	-----

1975

7. Contra la ilusión del Estado social de derecho	•	287
--	---	-----

1976

8. A la búsqueda de un concepto
teóricamente perdido: la crisis • 327

1977

9. La crisis del Estado en América Latina • 353
10. A propósito del control social:
un comentario • 457

1978

11. El significado de los derechos humanos
para los países capitalistas desarrollados • 467

1980

12. La teoría y la práctica de la política.
Sobre los programas de posgrado
en ciencia política • 495
13. Marcuse: crítica y utopía • 541
14. El concepto de Estado en Marx • 549
- Índice onomástico* • 581
- Índice general* • 589

INTRODUCCIÓN

ILÁN SEMO,
FRANCISCO VALDÉS UGALDE
y PAULINA GUTIÉRREZ

La filosofía política de Norbert Lechner comienza, como la de Simmel, como la de Bauman, en el umbral que vincula los órdenes de la experiencia con el mundo de lo sensible. Si la reflexión sobre lo político se vuelve disponible al pensamiento en la esfera de los conceptos y las categorías, en las cartografías de las nomenclaturas y sus signos, es en el subsuelo de las miradas confiscadas, en los súbitos movimientos de la subjetivación, en el plano de inmanencia de sus sentidos donde afecta a la vida cotidiana. Habría así dos estrategias de aproximación, tan legítima la una como la otra, para descifrar los objetos que codifican el entramado de la subjetividad social. “Una —afirma Lechner en la que sería su última entrevista— se guía por los temas y los problemas derivados del desarrollo de la disciplina; los mismos avances de la ciencia política o la sociología suscitan nuevas preguntas. La otra se nutre de los retos que plantea la realidad social; la originalidad de un estudio reside en la capacidad de ‘escuchar’, nombrar e interpretar los fenómenos sociales emergentes”.¹ Umbral de partida y, a la vez, de llegada, el espacio del acontecimiento define el horizonte (y la posibilidad) de la multiplicidad: “Yo me guío por esta segunda estrategia. Mi reflexión viene en respuesta al mundo que me rodea. Y buscando respuesta, echo mano del debate teórico como una ‘caja de herramientas’ para interpretar la realidad”. A primera vista, el método sería más próximo al del etnógrafo o el taxónomo, que exploran las construcciones de la realidad no por el ojo de la cerradura, sino por la cerradura del ojo. Una labor que Lechner nunca dejaría de acometer. Sin embargo, su escritura se acerca más a la del filósofo de la política, a la del cartógrafo que

¹ “Las condiciones sociales del trabajo intelectual”, entrevista realizada por Paulina Gutiérrez y Osmar González, en *Estudios Políticos*, 24, Medellín, Universidad de Antioquia, 2004, pp. 11-33. Se trata del material más completo que existe sobre la biografía de Lechner. Esta “Introducción” sigue, en gran medida, las estaciones y los temas que plantea. La documentación de los archivos institucionales de las sedes de Flasco-México y Flasco-Chile, así como el archivo personal de sus publicaciones en la Biblioteca Iberoamericana, contienen información valiosa. En la entrevista que realizó con Tomás Moulían y que precede al libro *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, se hace un recorrido por momentos clave de su pensamiento y de sus formas de trabajo. Francisco Delich, Tomás Moulían, Franz Hinkelammert y Juan Enrique Vega nos cedieron entrevistas sobre sus recuerdos e impresiones de la época.

ha figurado un nuevo mapa de la subjetividad social o, en palabras de Adorno, a la del crítico: una labor dedicada a descifrar los conceptos, las representaciones y las prácticas en las que la sociedad se produce a sí misma.

Desde su primer libro, *La democracia en Chile* (1970), se trata de un esfuerzo que lo define y singulariza en el pensamiento político de América Latina. La escritura crítica de la política parte de una observación de sí misma: el referente es la referencia. En la medida en que interpretar significa volver a la tradición, es decir, situar el lugar desde el cual habla el sociólogo o el politólogo, Lechner es ante todo un intérprete. Una mirada que recurre a la teoría como una “caja de herramientas” y a la historia como un horizonte de sentidos para develar la singularidad del acontecimiento, para situarnos en su apertura y en sus límites. Sólo quien escucha se asombra. La política empuja al concepto como el tímpano al pensador: en estado de alerta. El mismo estado en el que la operación de nombrar implica la de figurar, y ésta, la de acotar las huellas de la multiplicidad, las huellas del concepto.

Acaso una de las contribuciones más singulares de la obra de Lechner sea su producción conceptual: ¿cómo encontrar en el caos de lo que acontece no sólo la trama del significado sino la forma en que nos significa? Esa forma es vaga y huidiza: sus complejos senderos no están en los códigos en los que se asienta el orden; tampoco en los axiomas de los espectáculos en los que se representa. Están en los patios interiores de la subjetividad social. El escepticismo frente a los grandes relatos (positivistas) del conocimiento se inicia en los años veinte del siglo pasado y llega a su auge en la década de los sesenta. Ahí se traduce en una geografía de incidencias. En la teoría crítica se trata de urdir un mapa del pensamiento del afuera como posibilidad de fijar los límites del pensamiento mismo. Si hay un “método” en Lechner es acaso la perseverancia en esta búsqueda.

Este primer tomo de sus *Obras* reúne los textos que elaboró entre 1970 y 1980. Representan, en su mayoría, “respuestas al mundo” que lo rodea y lo inscribe. Respuestas filosóficas y sociológicas de altísima complejidad. Sus ensayos son tratados. De ahí la secuencia estrictamente cronológica en que se compilan en los cuatro tomos de estas *Obras*. Ese mundo fue intelectual, político y, sobre todo, vivencial. Hay una manera de vivir en la que pensar es una forma de existir. Una disposición que encierra sentidos incalculables y colapsos del sentido mismo. Su historia intelectual parte del oficio de la crítica y se explica en la labor de la escritura. Un punto de partida al que nunca dejó de retornar.

Norbert Lechner nació el 10 de junio de 1939 en Karlsruhe, dos meses antes del estallido de la segunda Guerra Mundial. Situada en la cercanía de la frontera con Francia, forma parte de esa franja de ciudades del sudoeste alemán en la que, hasta 1933, el dominio de la política liberal se conjugó con una expansión de la vida y la cultura universitarias. Hijo único de una familia de clase media, creció en la intimidad de un hogar que conjugaba sin so-

bresaltos el rigor de los valores de la educación católica y la mentalidad liberal de los padres. Sus abuelos, que provenían de ese universo que emigró del campo hacia fines del siglo XIX, ya se habían asentado en una ciudad cada vez más industrial. Uno fue funcionario de ferrocarriles; el otro, mantuvo un negocio de venta de carnes. El padre de Norbert fue el primero en la familia en ingresar a la universidad. Estudió física y matemáticas, y más tarde se dedicó a la enseñanza en la educación secundaria. Lechner recordará su infancia en vivencias contrastadas. Una figura paterna formada en la “rigidez normativa” de la época, que si bien vindicaba la supremacía de la cultura y del mundo intelectual nunca intervino en sus decisiones personales. Y una excepcional calidez de su madre, que murió cuando él tenía tan sólo 12 años.

La otra memoria, desgarradora, aparece entrecruzada por imágenes de movilizaciones militares, bombardeos, refugios antiaéreos, muerte y desolación. Ese trauma nunca lo abandonará. (El 11 de septiembre de 1973 en Santiago, cuando los militares chilenos bombardearon el Palacio de La Moneda, las escenas de su niñez lo asediarán de nuevo.) Como tampoco lo abandonará la preocupación por el dilema de ser alemán en los años que siguieron a la caída del nazismo.

Al igual que la parte más considerable de los católicos alemanes, sus padres no fueron partidarios del régimen nacionalsocialista; pero tampoco se opusieron a él. Lechner nunca se los reprochó. “Pobre de una nación que necesita héroes”, diría al respecto citando a Brecht. Y sin embargo, como W. G. Sebald, como Hans Ulrich Gumbrecht, como tantos otros intelectuales que abandonaron Alemania en las décadas de los cincuenta y los sesenta, vivirá su identidad como un estigma. Una generación que se sintió culpable de una historia que no era la suya. Con el tiempo ese sentimiento de extrañeza se convertirá en una reflexión sobre los orígenes del fascismo y del totalitarismo en general, y un rechazo radical, prácticamente vivencial, a todo ejercicio autoritario de la política, fuera cual fuera su signo social, tema que abarca no sólo una parte de las páginas de este tomo sino de su obra en general.

A fines de 1940, la familia se traslada a la ciudad de Oporto, donde el padre trabajará en el Instituto Goethe. Comienza así una larga travesía por Portugal y, más tarde, por España. La familia no vivió la emigración como un exilio. Sin embargo, para Lechner significará el principio de un desarraigo que resultará irreversible. En 1945, el mismo año que Alemania era derrotada y concluía la devastación de Europa, el padre fue transferido a la sede del Instituto en Madrid. Tiempo después, Norbert recordaría los siguientes siete años que vivió en la capital española como una “doble posguerra”: la europea y la franquista. Un país pobre, estancado y gris. Y, no obstante, lo que encontrará en España será, más que la siguiente estación del trabajo del padre, otra identidad. O, mejor dicho, una nueva identidad. Nacen sus dos grandes aficiones, los toros y el Real Madrid, que lo acompañarán a lo largo de toda la vida. Se desarrolla en él un “nuevo ser”: un “ser español”. Una identidad

vaga y fragmentaria que va creciendo frente a la cada vez más lejana presencia del mundo alemán. Un mundo que conocerá sólo por el reducido gueto de los otros niños de la escuela que funciona en casa de unos alemanes menos pobres que sus padres y en las cartas de sus abuelos maternos, donde adivina fuerza pero también empecinamiento y tristeza. Y es en medio de esas referencias precarias y poco atractivas para un niño de 10 o 12 años, entre las tardes de fútbol en la calle y la vivacidad de un Madrid pobre, locuaz y dispuesto al festejo, como Lechner queda atrapado por la creatividad de lo precario a la que es capaz de amar y de convertir en una opción de vida. Si “el lenguaje es la casa del ser” (Heidegger *dixit*), el niño sentirá que habita una identidad que va perdiendo día a día su forma. El bilingüismo enrarece su capacidad de expresión a la vez que le permite escribir con el cuidado de quien escucha. Aprende alemán y portugués casi al mismo tiempo; después olvida el portugués para aprender español y termina hablando un confuso sincretismo entre el alemán y el español. A falta de un arraigo lingüístico, opta por las imágenes como firmas y como formas de pensamiento preverbal, que debe traducir en palabras y en frases. Quizá ésta puede ser una de las razones por las que la escritura de Lechner, al igual que la de Leo Strauss, el politólogo, y la de Zygmunt Bauman, el sociólogo, dos emigrantes que aprendieron tardíamente inglés, sea esencialmente visual. También puede ser un residuo (¿o la continuación por otros medios?) de una temprana vocación hacia la pintura, proyecto que un profesor de composición se encargó de liquidar.

A su regreso de Madrid a Karlsruhe en 1952 encuentra una sociedad a la que no pertenece. De ahí en adelante, Alemania representará el lugar donde perdió a su madre, un país en el que extrañará cualquier forma de intimidad. Sus compañeros en el liceo solían llamarlo *der Spaniard* (el español), y él se asume como un extranjero en casa. Alemania se iría convirtiendo gradualmente en un lugar ajeno y del que apenas graduarse se aleja. El jazz y la literatura, a la que siempre consideraría la gran ventana para asomarse a una cultura y una sociedad, se vuelven su gran refugio. Lee a Kafka, Camus, Sartre y Brecht, autores que expresan la imposibilidad de configurar identidades estables y que resumen la gradual desafección de los europeos, producida en gran medida por las dos guerras, hacia el sentimiento nacional que los caracterizó en el siglo XIX y la primera mitad del XX. Lechner mismo siente que encarna al personaje central de *El extranjero*, el relato crucial de Camus. Un testimonio por cierto impresionante de la estrecha relación que guardaba la sensibilidad del existencialismo en los años cincuenta con la fragmentación de los sentidos de la vida cotidiana que afectaba a los europeos en el periodo de posguerra.

En 1959 concluye el bachillerato y comienza a realizar estudios en derecho. Viaja a Múnich y a París con el apoyo de su padre. Son los años de Sartre, de las vanguardias cinematográficas y de las protestas para poner fin a la ocupación en Argelia. París no sólo es la capital intelectual de Europa, donde

el estructuralismo empieza a expresar un nuevo régimen de postulados en la filosofía, la historia y la sociología, sino un gran laboratorio de experimentación política. Pero, con excepción de la literatura y el arte, poco de esto atrae la atención del estudiante de derecho. Su curiosidad por la política se reduce a mantenerse informado, y las ciencias sociales le resultan ajenas al ámbito de su disciplina.

En Alemania, a su regreso, le espera un cambio. No será en Karlsruhe donde realice sus estudios universitarios, sino en la Universidad de Friburgo, uno de los centros más efervescentes de la academia alemana, particularmente en el área de la politología. Estudia la licenciatura en derecho y el doctorado en ciencias políticas, donde es aceptado en el seminario que imparte Dieter Oberndörfer, uno de los representantes más destacados de la Escuela de Friburgo. Oberndörfer había desarrollado varias teorías sobre políticas de bienestar para lo que en la época se llamaban “países en vías de desarrollo”. Su gestión fue decisiva para facilitar la constitución de redes entre la academia alemana y círculos de decisión política e intelectual en varios países de América Latina, como Chile y Bolivia. Lechner hablaba español de manera fluida y Oberndörfer lo invitó a colaborar en el Centro de Estudios del Tercer Mundo para realizar una investigación sobre el movimiento estudiantil en América Latina. Decidió entonces ocuparse de Chile. El experimento político de Frei en 1964, que había situado a la Democracia Cristiana ante un programa de transformaciones sociales, representaba un caso paradigmático. El nuevo discurso, “Revolución en Libertad”, parecía apuntar hacia una voluntad que pretendía emprender cambios sustanciales en una sociedad que mantenía muchos de sus andamiajes oligárquicos. Además se trataba de un intento de realizar estos cambios por la vía pacífica y preservando las condiciones esenciales del régimen de derecho en una era en la que la revolución era sinónimo de cambio violento. Para un estudiante de ciencias políticas en Alemania que dominaba el español, el caso chileno debía ejercer más de un atractivo. Pero en palabras del propio Lechner, lo que anhelaba en realidad era simplemente abandonar Alemania. Incluso después de siete años de estudiar en Friburgo, sus lazos anímicos con el mundo que lo vio nacer se habían vuelto cada vez más endeble.

Cuando aterrizó por primera vez en Santiago a los 26 años, nunca imaginó que Chile no sólo representaría una novedad, sino el umbral de una vida. Ahí descubriría lo que acabaría constituyendo el *Leitmotiv* de una intensa y dramática trayectoria intelectual: la preocupación por descifrar qué es la política. Afirmar que la política es la esfera central de lo público implica un lugar común en cualquier sociedad constituida por un Estado y un orden civil. Pero en Chile este lugar deviene una suerte de explosión de lugares, una expresión de la vida misma. Las identidades de la política recorren todas y cada una de sus formas de sociabilidad: los amigos, la familia, el barrio, la escuela y la vida cotidiana en general.